

José Luis Santiago de Merás



De aquello no queda nada.
Ya no es suya ni la guerra
ni la paz de la Cruzada.
Unos rindieron la pluma,
otros guardaron la espada
y el resto, desalentado
volvió en silencio la espalda.

Así se quedaron solos
todos los muertos de España.
Sin gloria, sin ideales,
sin el honor de la Patria
porque ya no son caídos,
solo son muertos sin alma.
La Historia la escriben otros
que no son sus camaradas.
Sus gestas ya no son gestas,
sólo son simples batallas.
La de Oviedo y la del Ebro,
la del cuartel de Simancas,
el Alto de los Leones,

la defensa del Alcázar...
son paginas fraticidas
y es preferible olvidarlas.

¡Qué lejos están los muertos
de sus viejos camaradas!
Las Centurias de Castilla,
las Brigadas de Navarra
y las columnas gallegas,
la Legión y la Mehala.
Los compañeros de celda
que al despuntar la mañana
morían un poco al darles
el último adiós de España.

¡Qué solos están los muertos!
¡qué seca su sangre amarga!
Creyeron morir por algo
y no murieron por nada.

Ya no cayeron por Dios
aunque empuñaran las armas
para sacar a la luz
las catacumbas de España,
y para dar Fe de Cristo
en sus calles y en sus plazas.
Ni cayeron por la Patria,
aunque murieran por ella
en el campo de batalla
o en un sucio paredón
de cara a la madrugada,
porque si hubieran caído
por su Dios y por España
nadie podría pactar
con la frente levantada

Su voto fue limpio y claro,
está escrito con las armas,
quien lo ignore que lo lea
ante Dios y ante la Patria.

